

Ana Zarzueta

Periodista



Faluya o la anatomía de una pierna sin cuerpo

No es fácil sostener la mirada en esta imagen. Mucho menos ver lo que se esconde tras la confusión amorfa del primer vistazo. Quizá el cerebro tarda en identificar lo que nunca antes ha visto tan descarnadamente; quizá es la piel la que se niega a entender. Una pierna. Sola. Un ropaje fantasmal sin su cuerpo. Tal vez, al primer golpe de vista, cualquiera que no sea iraquí piense que podría ser el resultado de una cruenta obra de arte contemporáneo, una alegoría macabra titulada “Ausencia”. O una de esas pruebas de laboratorio que los padres de las armas del siglo XXI utilizan para mostrar las virtudes de sus criaturas: tan limpias que son capaces de pulverizar la vida casi sin dejar huella, de hacer fosfatina un cuerpo humano sin que su ropa ni los objetos a su alrededor tengan que desaparecer. Pero no es tan alegórico, nada artístico. Es sólo el pie, sin cuerpo, de uno de los habitantes de Faluya. La muestra de que las imitaciones de

Nike sobreviven mejor a las armas estadounidenses que los civiles iraquíes.

La tibia huérfana es uno de los cientos de pruebas que **Mohamed Tareq Al Darraji**, director del Centro de Estudios de Democracia y Derechos Humanos de Faluya (CEDDH) y coordinador de la plataforma Red de Observación de los Derechos Humanos de Irak, y otras decenas de ONG iraquíes recopilan desde hace meses para demostrar no sólo la masacre de civiles, sino el uso de fósforo blanco y otras armas contra la población, al menos en Faluya en noviembre de 2004.

Es odiosa esa máxima que asegura que una imagen vale más que mil palabras. Seguramente, un experto en semiótica diría que la fuerza de esta imagen radica en lo que no es, en el vacío infinito que acompaña a la pierna mutilada, en el cuerpo que se presiente donde estuvo y ya no está; sobre todo en los andrajos que aún existen. Los medios de comunicación que se han hecho eco de la denuncia del empleo de fósforo blanco por

EEUU contra los habitantes de Faluya han recibido numerosas críticas de quienes aseguran que las pruebas (testimonios, fotos, vídeos de los restos de los cuerpos, confesiones de soldados estadounidenses...) son insuficientes. Aseguran que en realidad el fósforo blanco no es una arma química sino abrasiva. Y, sobre todo, recuerdan que EE UU —ducho en el arte de firmar lo justo— no ha firmado el protocolo adicional que prohíbe el uso de este arma si no es para hacer señales de humo.

Cuando le traslado estas dudas a Mohamed Tareq responde con un certero, incontestable argumento: ni el fósforo blanco ni el resto de las armas de los ocupantes saben distinguir a sus víctimas, definir si caen sobre civiles anónimos o en un tanque enemigo. Abrasan por igual. Ni todos los premios Nobel de Química del mundo y sus disertaciones sobre las modernas armas letales, ni mil debates sobre la naturaleza del fósforo blanco pueden enterrar a las víctimas de la masacre estadou-

Nada me
gustaría más
que observar
a Bush ante
ésta y otras
imágenes



nidense en Faluya y de las “otras Faluyas”. Las ONG y grupos de derechos humanos locales sospechan que las fuerzas ocupantes siguen utilizando armas prohibidas en otras zonas de Irak: bombas de fragmentación, proyectiles recubiertos de uranio...

Nada me gustaría más que observar al presidente **Bush** mirar ésta y otras imágenes similares, ¿las habrá visto ya, o al hombre más poderoso del mundo le ocultan sus asesores la incomodidad de tener que escudriñar los “daños colaterales” sobre su mesa del Despacho Oval? Aunque sospecho que ni mil piernas huérfanas de cuerpo como ésta podrían hacer que Bush volviera a atragantarse con una de sus galletitas *Pretzel*. Ni mil Fa-

luyas harían (¿o debo decir harán?) que un leve gesto de inquietud, que una sombra de duda se refleje en la foto, que como cada Navidad los Bush y sus mascotas regalan a amigos y periodistas estadounidenses.

La publicación del reportaje de la RAI, la difusión de denuncias como las de Al Darraji a lo ancho y largo del mundo no han provocado más reacción por parte de las fuerzas ocupantes que la negación y el desprecio más burdos. Para la diplomacia internacional, unas pocas palabras valen más que mil imágenes. “Mentira”, ha dicho el Departamento de Estado estadounidense, ante la fuerza de los efectos del fósforo blanco. “Sólo se utilizaron como señalización” y “para

hacer salir a los terroristas” de sus escondrijos. Y así no sólo le faltan el respeto a la verdad, sino que extienden el infinito manto de la sospecha terrorista sobre todas las víctimas del fósforo blanco.

A estas alturas ya nadie sabe qué demonios hacer con el espanto de Irak. Es como una causa perdida de la que nadie quiere hablar, de la que pocos quieren oír. EEUU y sus aliados lo ocultan bajo la alfombra de las elecciones, bajo la sonrisa viajera de **Condoleeza Rice**. En Europa han levantado más polvareda los vuelos de la CIA que las masacres de los escuadrones paramilitares en Irak.

Faluya es ya sinónimo de crimen de guerra, aunque por prudencia, por correc-

La mitad de los
habitantes de
Faluya
padecerá
cáncer en los
próximos años

ción política, o por los prejuicios que ha sabido generar la llamada guerra internacional contra el terror, pocos se atreven a decirlo con todas las letras. Un año después del cerco y de la toma a sangre y fuego por las tropas aliadas, en Faluya no se ha recibido ni la tercera parte de las ayudas para la reconstrucción y la indemnización que les prometió **Iyad Allawi**, el ex primer ministro iraquí, que a toro pasado denuncia los horrores de un Irak “igual o peor que el gobernado por **Sadam Hussein**”, el lobo convertido en caperucita redentora, que descubre una nueva versión de este “cuento”, en la que él es un mero observador. Más aún, Mohamed Tareq al Darraji denuncia que la promesa de esas ayudas se utiliza ahora como llave de presión para intentar forzar la sumisión de los iraquíes. La mitad de los habitantes de la ciudad padecerán cáncer durante los próximos años, a consecuencia de las radiaciones y la contaminación del armamento utilizado en la ciudad desde 2003.

Las imágenes son mentirosas, caprichosas, tienen sus propias reglas. Un icono vale más que mil imágenes incómodas de ver. Irak se parece a un ovillo de espantos, se puede comenzar a desenrollar (desentrañar) por cualquiera de sus cabos, pero siempre termina conduciendo al mismo núcleo del horror humano. Con las imágenes de los horrores de Faluya a la vista, me pregunto cuál es la caducidad

informativa del espanto. Del mismo modo que una mentira mil veces repetida acaba por confundirse con la verdad, un genocidio narrado mil veces, ¿deja de impresionar? Cada día hay nuevos documentos, testimonios y pruebas gráficas en circulación a las que cualquier ciudadano del mundo puede acceder mientras cena confortablemente en su casa. Desde hace meses **Kofi Annan** está directamente informado de estos abusos en Irak, en particular en Faluya.

No sabemos qué hacer con el horror, cuando es tan real. Tenemos un umbral del espanto, por encima del cual la sensibilidad se emborrona. Los periodistas lo denunciamos, intentamos (quizá ingenuamente) que la información o la justicia sean el antídoto para nuevos episodios. Nunca los crímenes de guerra fueron retransmitidos como ahora. Pero, contar no es suficiente.

Como Mohamed Tareq, los grupos de derechos humanos recopilan pruebas y testimonios y recorren Occidente para que, al menos, quien quiera pueda conocer la dimensión real de las cosas. En Faluya, como en tantas otras ciudades masacradas por el efecto de la ocupación, los iraquíes no han acogido con mucho entusiasmo las elecciones legislativas del 15 de diciembre —el último escalón para la democracia, según sus promotores—. No porque les falte el entusiasmo democrático con el que demócra-

tas y republicanos se batan en meses de larga y espectacular campaña electoral ante las cámaras estadounidenses. Ni porque tras años de gobierno de Sadam carezcan de cultura democrática (un argumento colonialista aducido por algunos analistas). Obligados a elegir entre lo malo y lo peor, los iraquíes sólo quieren una cosa: la salida inmediata de los ocupantes, para poder comenzar a planificar el día después.

Como comenta uno de estos defensores de derechos humanos, el espanto de Irak ha convertido a muchos iraquíes en comunicadores internacionales, en directores de organizaciones ciudadanas, en portavoces y expertos en ruedas de prensa, giras internacionales. Hoy por hoy, buena parte de su esperanza reside al otro lado de las fronteras iraquíes, esperan que la comunidad internacional se haga cargo de la realidad iraquí.

Es difícil tener certezas. Pero Mohamed Tareq sonríe ante la posibilidad de ver un día a Bush y sus aliados iraquíes en el banquillo de un tribunal internacional. Su próxima estación: una denuncia por genocidio y crímenes contra la humanidad ante la Audiencia Nacional española, que un grupo de asesores iraquíes y españoles cocinan ya. Al Darraji y sus conciudadanos exigen, al menos, la valentía y la complicidad de las miradas para que no siga en Irak el desfile de piernas sin cuerpos. ■

Irak es un ovillo
de espantos
que siempre
conducen al
mismo núcleo
del horror